rás, futuro dragón del Piamonte, acaso doblar las piernas bajo las tuyas á aquel mismo corcel que ahora acaricias, herido en medio del pecho, y serán los mismos caballos de tu escuadrón, ¡desventurado! los que á pocos pasos del cuadro enemigo, romperán tu hermoso cuerpo yacente.

Y á tí, ¡oh bello jinete de la divisa amarilla! será un lanzazo vibrante en las tinieblas el que te marcará sobre el pecho el sitio de la medalla de la cinta gualda, la cual no llegará á tiempo de sentir los latidos de tu corazón. Pero esta previsión no os turba, bravos jóvenes; respondéis con una sonrisa:—¡Qué importa!—y, aplicando el acicate al caballo, os lanzáis á rienda suelta en el porvenir, ofreciendo alegremente la cerviz al beso de la muerte y de la patria.

IX

Reválida de maestras.

Corrían los años en los cuales todavía existía un único examen, concurriendo candidatos de todos los institutos de Turín; acudían por esto unas ciento cincuenta en el día á que nos referimos á la Escuela Normal, para sufrir el examen por escrito que había de suministrarles el *certificado oficial de pobreza*, como ha definido un diario pedagógico el título de maestra.

Habíanse agrupado unas cincuenta delante de la puerta desde las primeras horas de la mañana, y á cada instante llegaba un nuevo grupo ó una pareja; señoritas elegantes de la Escuela Normal, con sombreros que parecían canastillos de flores; muchachas de aldea, cuyo origen estaba mal disimulado por tal cual ador-

no de la capital, de pésimo gusto, y hermanas de Cottolengo con los escapularios encarnados al cuello; *hijas de militares* con aquel gracioso traje corto que les daba el aspecto de guirnaldas de flor de lis. Los grupos ó piquetes escolares iban acompañados por las maestras, las directoras ó las porteras de los establecimientos; las alumnas *privadas* llevaban al lado, ora la madre, ora la tía, ora al padre encanecido y grave, con la conciencia de la prueba solemne en que iba á poner el honor intelectual de su hija. Un profesor me señaló algunas hermanas de San José, que tenían ciertas cofias de vieja con velo sobre los ojos. Yo no reconocí más que las *Rosinas* en el vestido violeta y el pañuelo blanco artísticamente anudado sobre el pecho, y sobre él la cruz de oro colgada de una felpilla negra. Observé un grupo de muchachas que llevaban al cuello cintas de varios colores que parecían encomiendas de ciertas condecoraciones; me dijeron que procedían del Instituto religioso de Virle. Veíanse *candidatas* extremadamente jóvenes, solas, que adelantaban tímidas, como huérfanas abandonadas, y aun algunas señoras vestidas con severa elegancia (quizá viudas), con ese aspecto especial que revela la lucha heroica que se lleva á cabo á brazo partido con la miseria, y éstas adelantaban con paso resuelto y rostro altanero, aunque con los ojos bajos. Las últimas que llegaron vestían los gabancillos de seda negra del Instituto del Socorro, y las vestidas color de tierra, que eran las niñas de Santa Rita.

Pero ni aun el director general conocía todas las divisas de aquel innumerable ejército femenino. Las había de la Providencia, de la Anunciación, de la Concepción. La hora había transcurrido y llegaban con precipitación todavía.

Llegaban anhelantes, trayendo en las manos papel, plumas, tinteros, libros, cartuchos con fruta y pan, y hasta frascos con café y cocimientos de flores cordiales, todo ello comprado y preparado de prisa aquella misma mañana. Y como los libros estaban prohibidos, muchas los llevaban debajo de la ropa, y venían tan abultadas y cargadas que andaban con cierta dificultad y sin garbo. En algunas se notaba como truncada la hermosa línea que baja de la cadera, á la altura de la rodilla, saliendo unos ángulos agudos, enteramente inexplicables para todo aquel que no se fijase ó desconociera el uso de determinadas amplias faltriqueras postizas, inventadas para el contrabando de los libros de texto. Candidatos hembras, maestras, padres, directoras, amigas, fueron entrando y colocándose apretadas en un largo corredor, donde las esperaba el secretario del Provisor general para pasar lista, el inspector para leer el tema, y dos profesores y una maestra para vigilar los trabajos.

Cuando se creía que no podía faltar ninguna, apareció una figura que llamó la atención de todos: una hermana del Buen Pastor, completamente vestida de blanco, con ancho cinturón celeste alrededor del talle, sandalias blancas y velo negro. Era alta, rubia, bella, de aspecto modesto al par que firme, y semblante

iluminado por dulcísima sonrisa. Atravesó el corredor con andar resuelto y noble que ponía en elegante movimiento todo aquel traje ligero y sencillo; su entrada fue precedida y seguida por prolongado murmullo de admiración. Oí decir que era hija de un coronel muerto en campaña y que debía dejar el velo para ir de maestra á un municipio rural.

Después de ella, nadie se fijó en la entrada de otra muchacha con mal arreglada cofia de campesina en la cabeza y una basta carpeta bajo el brazo; una pobre chica, pequeña y tosca, de cabellos rojos, enteramente sola, pobremente vestida, la cual traía pintado en el rostro, irregular y feucho, pero simpático á fuerza de ser honrado y humilde, el horror al examen.

* * *

Á la última campanada de las ocho, el secretario, de pie sobre un banco, dominando su cabeza calva á todas aquellas cabelleras, pasó lista con voz tonante. Para las alumnas de los establecimientos oficiales, ó bien organizados privadamente, fue cosa breve y hacedera; pero para las demás...

La una no había llegado todavía y contestaba por ella una tía suya, diciendo que la acababa de dejar en la oficina de la inspección para pagar los derechos; por otra respondía una amiga: —Se habrá perdido... no ha estado nunca en la capital: ¡está tan lejos!... —dos ó

tres llegaron corriendo precisamente en el momento en que se leían sus nombres, rojas como amapolas, ahogándose, disculpándose con que habían ido no sé adonde á recoger la firma de no sé qué documento.

Terminada la lista, se concedieron aún algunos minutos, para ver si llegaban las ausentes, y entonces estalló un gran cuchicheo, que iba creciendo, creciendo, hasta convertirse en vocerío ensordecedor.

Las discípulas de los centros organizados estaban unidas en grupo charlando de prisa y á media voz; las *rurales* se habían arrinconado, mudas y como absortas en contemplación de asombro, de donde se transparentaba como cierta envidia resignada y meláncolica, frente á frente del círculo de las educandas de la Escuela Normal, altivas todas, segura cada cual de sí misma, hablando correctamente en alta voz y con el tono de quien se encuentra en su propia casa y quiere hacerlo comprender á las demás.

Entre éstas se destacaba una chica de fulgurantes ojos, pequeñilla, trigueña, vestida un sí es ó no es de fantasía y un tantico pretenciosa, pero agradable, viva como el ingenio, brillante como la plata; un bello tipo, en fin, soberbio, de poetisa rebelde á la pedagogía y los reglamentos. De ella se murmuraba aquí y acullá que ya colaboraba en varios periódicos literarios y que hasta había escrito una novela.

La pobre campesina del pelo rojo la admiraba tímidamente y como avergonzada de sí propia; y aquella se componía y pavoneaba, como

si se sintiese orgullosa por ser objeto de tanta atención, sin dignarse mirar hacia sus admiradoras.

Descubrí al pasar por entre aquellos grupos á una religiosa medio escondida entre las compañeras, que oraba sin cesar moviendo los convulsos labios, apretando las cruzadas manos hasta el punto de tener blancas las uñas.

Entretanto las maestras y directoras daban sus últimos consejos á las examinandas, algunas de las cuales tomaban apuntes.

—Matilde, te recomiendo la manera de cerrar las cláusulas.

—No olvidéis aquel bendito punto y coma.

—Ya sabes mi recomendación; con que... sencillez, orden y precisión.

—¡Los períodos largos, por amor de Dios!

—¡Sentir y meditar!

Llegado el momento de la entrada del tribunal, debieron intervenir los profesores para interrumpir las advertencias y consejos. Entonces se convirtieron las recomendaciones en compasivos saludos.

—¡Animo, hija mía!

—¡Adiós!

—¡Hasta luego!

—¡Confianza y esperanza!

—¡Ah, pobrecilla!

La portera, de pie en la puerta, secuestró inexorablemente, aunque no sin trabajo, todos los libros visibles, y las *candidatas* entraron casi á la carrera á la sala de actos, procurando todas llegar las primeras, para ocupar los bancos más lejos del profesor. La bella religiosa

vestida de blanco se sentó en el sitio más cerca de aquel.

Cuando todas estaban sentadas, entró sin aliento una chicuela medio trastornada por la carrera que acababa de dar, y en la cual había perdido el velo, exclamando con voz moribunda:

—¿Se ha dictado ya el tema?

Muchas soltaron la carcajada, y ella fue á colocarse, soplando todavía, en la punta de un banco.

Acto seguido reinó profundísimo silencio.

***

El director, teniendo á su lado á los profesores y á la maestra, rompió solemnemente el sello de lacre del pliego cerrado donde se contenía el tema para el ejercicio del examen, y que se refería á un trozo de composición gramatical y literaria.

Aquellas ciento cincuenta muchachas estaban allí inmóviles, con los ojos fijos, la boca cerrada, suspendiendo el aliento como ante una máquina fotográfica. Era un espectáculo nuevo aquella mescolanza de rostros y vestidos, elegantes ó de aldeanas, monásticos, de colegialas, cuya variedad, inmensa y extraña, desaparecía casi, á la vista del observador bajo la expresión uniforme de atención inquietante y profunda á la cual se habían adaptado todos los diversos aspectos.

Aquí y allá distinguíanse semblantes lindísimos, que se destacaban de la medianía del mayor número como flores entre hojas; y veíase un mar de cabezas como muestra multiforme de peinados, estudiadamente vistosos, estudiadamente simples, tufos atrevidos, ondas sentimentales, trenzas apretadas, nudos flojos, cocos modestos, rodetes complicados, lucían por doquier, expresando cada cual su belleza é indicando si el sol de los campos ó el fuego de las tenacillas había tostado y ondulado aquellas cabelleras.

La campesina del cabello rojo habíase sentado entre una monjita regordeta y una señorita alta, cursante en la Escuela Normal.

La poetisa estaba hacia el centro, y como se había quitado el sombrero, hacía gala de un enorme montón de rizos negros que le caían sobre la frente y las mejillas como melena de salvaje. Dos bancos estaban completamente llenos de religiosas, todas vestidas de negro, y en otros parecía se habían dado cita los vestidos más primaverales, las cabecitas más caprichosas y más adornadas de la clase escolar. La luz que penetraba por las rasgadas ventanas del fondo esparcía un contorno de oro sobre las cabelleras, un nimbo brillante sobre todas las cabezas, reflejos luminosos sobre todos los hombros.

Y para concluír el cuadro, sentado en un velador, solitario, en medio del hemiciclo formado por las mesas y los bancos, se destacaba un candidato singular, que no habiendo podido, por razones particulares, ir á examinarse á la

Escuela Normal de maestros de una provincia, había obtenido la gracia de ser examinado con las maestras en la capital.

Era un carabinero de la legión de Turín, vestido de uniforme.

*
* *

Apenas el inspector leyó la última palabra del tema, se percibió el rumor de una onda de murmullos, de suspiros, de exclamaciones comprimidas, como después de la lectura de una sentencia ante un tribunal, y duró aquella oleada algunos minutos, entre febriles movimientos de cabezas y manos, y mezcla precipitada de hojas y cuadernos. Después volvió á reinar profundo silencio.

Trabajaron las dos primeras horas tranquilamente. Uno de los profesores y la maestra, que tenía el aspecto de una gobernadora destituída, vigilaban; pero los libros sacados de las faltriqueras misteriosas cumplían su misión á las mil maravillas. El entrecejo del profesor no importaba á nadie; á aquellos trescientos ojos perspicaces no se escapaba el sentimiento de indulgencia que se escondía bajo aquella máscara amenazadora.

Empezaron á circular por debajo de los bancos los pedacillos de papel y los abanicos portadores de súplicas de socorro. Solamente la monja blanca meditaba y escribía, sin cuidarse de lo que ocurría á su alrededor, en actitud y

compostura de santa virgen. La poetisa trabajaba como inspirada, paseando de vez en cuando una mirada sonriente compasiva sobre sus vecinas, y sacudiendo con movimientos de orgulloso triunfo su rizada cabellera, como si esparciese en derredor un nimbo glorioso de donde se desprendiera copiosa lluvia de ideas.

Veíanse acá y allá en el recogimiento del trabajo actitudes graciosísimas de cabeza; y como quiera que todas estaban inclinadas sobre el papel, en todas se podía apreciar su longitud, desde la frente á la coronilla, sirviendo las rayas blancas y espesas de término de comparación y de medida. Pequeñas manos nerviosas mojaban la pluma en el tintero con movimiento rápido y frecuente; grandes ojos azules buscaban la frase de vez en cuando, cual si estuviese escrita en el techo, con miradas errantes de enamorada, ó descendían al suelo, ó giraban de uno á otro lado; actos impacientes se sucedían, y á veces más de un codazo reclamaba la severa pupila de la profesora, y golpecitos constantes de tacones en el suelo indicaban la fiebre en éstas ó en las otras.

La pobre chica del cabello rojo debía haberse atascado desde el principio en alguna grande dificultad y parecía desanimada; ¡con cuánta envidia y tristeza contemplaba el correr ligero de la pluma de sus compañeras! ¡Pobres jóvenes! ¡Cuántas esperanzas estaban confiadas á aquellos trabajos! ¡Cuántas familias, caídas de repente en la pobreza por inesperada muerte de los padres ó por otras circunstancias, dependían en aquel instante solemne del acierto de

aquellas plumas! Viejos labradores del campo, operarios, hombres inútiles, industriales sin ocupación, comerciantes venidos á la indigencia... todos aguardaban de la hija maestra un pedazo de pan y un rayo de ventura.

En los breves intervalos de reposo, al terminar una página, algunas pensarían quizás en su lejana aldea y en la pequeña escuela donde reinarían envidiadas; otras, recorriendo los años con el pensamiento, ya se veían directoras temidas y acariciadas en una Escuela Normal de capital de provincia; más de una tal vez tenía en aquel momento en la mente la composición de un libro de lectura que había de darle honra y provecho; y en muchas aguijoneaba la fantasía un amor apasionado de alguna alma noble, nacido por la admiración de la vida que ella llevaba, honrada y valerosa, y por sus virtudes de educadora y de maestra.

Se traslucía de casi todos aquellos semblantes, bajo la preocupación del momento, la fe intrépida, el amor ardiente hacia la infancia, el entusiasmo materno y apostólico con que la mayor parte de las mujeres se lanzan en la carrera de la enseñanza. Quien hubiese podido dar forma y color á todo lo que veían en el porvenir aquellos cerebros exaltados, pintaría un hermoso cuadro, una luminosa confusión de paisajillos amenos, de buenas alumnas, de alcaldes obsequiosos, de municipios que aplaudían, de distribución de premios en solemnes festivales, dentro de salas llenas de guirnaldas y banderas, y de jóvenes inclinados y sonrientes en actitud de entregar el anillo nupcial, en

medio de un círculo de padres conmovidos y madres llorando...

***

Entre tanto trabajaban y trabajaban.

Pero la chiquilla del cabello rojo parecía cada vez más desanimada; parecía que trataba de reunir en su entendimiento, desesperadamente y en vano, las pocas ideas perdidas en su pobre magín inculto, doblemente obscurecido por el miedo.

Ella fue la que hizo que dirigiera mi pensamiento hacia tristes presagios...

¡Ah! no os abandonéis á esos sueños... Tú, linda morena del primer banco, relegada á una escuela solitaria, fortín avanzado de la civilización, en medio de un campo poblado de ignorantes, consumirás el ánimo durante siete años entre una muchedumbre de chicuelas cuyos padres les inculcarán el desprecio hacia el alfabeto, sugiriéndoles palabras vituperables que irán á escribir con carbón en la puerta de tu casa.

Tú, señorita vestida de color lila, maestra municipal de una gran ciudad, tendrás que derramar lágrimas de fuego por las impertinencias que vendrán á decirte á la escuela las verduleras enriquecidas y vestidas de seda, furiosas porque no has demostrado demasiadas consideraciones con la recua indisciplinada de sus retoños.

Tú, por el contrario, delicada rubia, consumirás tu salud en una escuela rural subterránea, apestada por la vecina cuadra del alcalde.

Tu compañera de la izquierda, en un municipio donde no se cobra por años enteros, se verá obligada á vivir cosiendo camisas para los campesinos.

Tú, la distinguida muchacha de nariz acaballada, caerás de la gracia dentro del partido, por haber despertado los celos de la alcaldesa, y tendrás amargada la vida por el párroco, porque no vas á misa de cinco.

A las dos amigas del banco posterior les espera respectivamente ser llamada la una por apodo *la pobre*, considerando la aldea como un deshonor tener una maestra que compra poco en la plaza y míseramente se alimenta por socorrer á su familia ausente; y la otra, será objeto de una calumnia infame, por cada vestido nuevo que compre con el dinero que le mandan de su casa.

Tú, pálida y soberbia joven, después de ocho años de trabajo y muchos meses de persecución, perderás tu escuela por haber desdeñado las galanterías del síndico borracho.

Tú, pobre niña, que hojeas el libro á hurtadillas; tú, más amorosa probablemente que fuerte, sufrirás la angustia de averiguar un día que el primer anónimo que ha denunciado al inspector de la provincia tu culpa para echarte fuera del país, lo ha escrito precisamente el hijo de un concejal, al cual habrás entregado al propio tiempo honra y corazón.

Tú, no te rías, pequeña poetisa del pelo ri-

zado, porque en un municipio lejano de la capital, cobrarás el sueldo de un mes cuando lleves seis de atraso, todo él en pequeñas monedas de céntimo, y necesitarás, al abandonar el pueblo, cargar un jumento para llevarte tu caudal, debiendo hacer el viaje á pie para no cansar demasiado la caballería.

No rías tampoco tú, graciosa y delgadilla de los dientes blancos, porque adquirirás una enfermedad que te durará un año, por haber corrido durante un mes de crudo invierno, con la nieve á las rodillas, yendo de casa en casa á dar lecciones particulares en las de los ricos propietarios de los alrededores.

¡Qué quereis! es una vida ruda, jovencitas, la que os ofrece la patria. Debéis vivir casi, ó sin casi, en la miseria; pero no podemos hacer más por aquellas á las cuales confiamos la infancia y encomendamos el porvenir de la nación ¡El oro se ha de gastar todo él en preparar una gran carnicería europea, cuya principal ventaja será probablemente dejarnos trabajar veinte años en paz, á fin de preparar otra nueva guerra!

*
* *

Pero ellas no pensaban en estas cosas, y trabajaban, trabajaban mucho menos tímidamente que al principio. Algunas habían dado ya fin á la tarea y se habían marchado; de lo cual había nacido en otras, como es consiguiente, el

temor de no acabar dentro del plazo fijado. Una de las primeras en concluír había sido la poetisa, que entregó su faena al profesor con un ademán majestuoso, como de quien dice:—«He aquí mi obra maestra, transmitida á la posteridad.»

Ahora trabajan todas precipitadamente, haciéndose á cada momento más frecuentes y vivos los movimientos de impaciencia, las miradas suplicantes al techo, los golpecitos de los pies; y corrían entre los bancos, con un movimiento siempre más rápido, los papelillos, los libros, las páginas arrancadas de otros y hechas bolas de papel, impiamente, para pasarlas con más facilidad de mano en mano.

Pero habiendo entrado otro profesor para relevar al primero (una cara que no predisponía bien), todos los libros desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. Muchas, sin dejar de escribir, engullían un bocado por vía de desayuno, tapándose la boca con la mano izquierda. De cuando en cuando pedía alguna que otra permiso para salir. Seguía á esto el rumor de ligero altercado entre la maestra y la portera, como si hubiese sorprendido una tentativa de comunicación literaria entre la sala y la calle. La portera aseguró que le habían llevado ciertos pasteles sospechosos para esta ó aquella *candidata* que se decía que sufría de debilidad de estómago y que debía en horas fijas tomar alimento; pero la *cancerbera* se negó á admitirlos, por sospechar que dentro de aquellos pastelillos podría venir la solución al tema, y escrita y todo la composición. Tampoco faltaba

examinanda que se levantase para rogar al profesor que aclarase algún punto dudoso del tema del ejercicio; y las preguntas estaban tan hábil é ingeniosamente combinadas, que siempre conseguían una respuesta mucho más amplia que lo que simplemente se preguntaba.

Al ir entregando los trabajos, solían estas ó las otras presentar también sus excusas acerca de la letra ó las faltas que hubieran podido cometer, porque «no estaban buenas»; ó bien interrogaban con aire ingenuo sobre si debían raspar un borrón que impensadamente había caído en el papel. Aquella otra se había presentado enferma al examen...

A medio día ya no quedaban sino la mitad; y á medida que corría el tiempo crecía la furia; el afan, el anhelo de la actividad. A algunas se conocía que estaban cansadas, y se las veía pálidas, despeinadas de tanto andarse en la cabeza, como si con la punta de los dedos se empeñasen en arrancar las ideas para trasladarlas al papel, ó resucitar en la memoria pensamientos alejados ó perdidos; otras hasta sudaban. Muchas miraban el reloj á cada período... El profesor las alentaba, repitiendo de vez en cuando: «Vamos, vamos, hay que aligerar»; y aquellas terribles palabras, dichas con el tono más suave posible, sonaban como terribles en todos los oídos, y eran seguidas de un rasguear de las plumas mucho más precipitado, enardeciéndose las manos á la par que el ánimo con acompañamiento de ademanes de dolor y desaliento.

Unicamente la religiosa del Buen Pastor

continuaba inalterable, trabajando tranquila con el hermoso y reposado rostro inclinado sobre el papel, bajo el velo, sin estremecerse lo más mínimo el elegante cuerpo oculto bajo el hábito blanco.

* * *

¡Oh, qué tortura y qué compasión en los últimos momentos!

La hora fatal había sonado, y el carabinero, puntual como la ordenanza, había concluído á la primera campanada del reloj, y al perderse el eco del sonido, la tarea estaba en manos del profesor, y él salía marcando el paso.

Solamente quedaba una treintena, presa de horrible angustia y de ansia febril. El profesor, impaciente, recomendaba á la maestra que fuese recogiendo los trabajos, sin cuidarse de si habían ó no terminado. Era preciso recogerlos como estuviesen. Y la maestra circulaba por entre los bancos procurando arrebatar los trabajos, que las jóvenes defendian con ahinco, ocultándolos, retirándolos, pidiendo gracia por un cuarto de hora, por cinco minutos, por un minuto siquiera...

La muchacha del pelo rojo, llegado aquel momento, y comprendiendo que era inútil su esfuerzo, dejó la pluma y ocultó el rostro en el pañuelo. Escuchábanse exclamaciones de:—¡Dios mío! ¡Dios mío!—mientras varias, parecía, á juzgar por su aspecto, que se hallaban

en los preliminares de un accidente, un desvanecimiento, un desmayo, una congoja. Una monja se quedó como el papel, y pidió agua, echando la cabeza atrás.

Los temas fueron recogidos al fin á viva fuerza; las examinandas salieron una tras otra con pasos lentos y el semblante demudado.

La pobrecilla de los cabellos rojos fue la penúltima, y salió para dejarse caer en un banco con los ojos llenos de lágrimas y el rostro nublado por infinita tristeza. ¡Pobres muchachas!

¡Pobres!—pensaba para mis adentros mientras las veía alejarse por la calle adelante, pareciéndome que al final de aquella calle les esperaba no sé qué máquina horrible y negra con el letrero de *Instrucción pública*...—A través de aquella máquina yo me imaginaba que debían pasar todas dejando en el engranaje de su mecanismo pedazos del corazón, de sus carnes, de sus huesos, de su cerebro... Y me entraba intensísima piedad hacia ellas é inmensa conmiseración hacia mi país.

Pero en aquel momento salió la última, la hermana de la Caridad, vestida de blanco, con el velo negro, y pasó por delante de mí, tan bella, tan serena, tan noble, que todos los pensamientos obscuros y pesimistas se desvanecieron.

¡Ah! aquella sentía de veras la santa vocación de maestra, la llevaba marcada en el rostro con caracteres de belleza, de bondad y de valor; aquella se presentaba á mi fantasía como la fuerza y el ardor del sacrificio de los miles

de muchachas que se lanzaban en aquel año en la misma senda; aquella pasaría por cima de las envidias y las pasiones como sobre inmundicias, sin bajar la vista á las impurezas de la realidad; inspiraría á su alrededor el respeto y la cortesía; educaría para la vida cientos de almas tan bellas como la suya; y si del cumplimiento de su obra benéfica debía separarla el amor, el amor la conduciría al altar ó á la desesperación, pero no á la vergüenza.

¡Salve, hermoso angel de la bendita legión que difunde la luz y la gracia sin pedir más que un pedazo de pan!

¿Dónde estarás ahora? ¡Quién lo sabe!

¡Quizás en un lugar montañoso, allá en los últimos confines de la nación; acaso te has casado con el secretario del ayuntamiento y vivís felices y en santa paz, ó tal vez te has suicidado, porque al encontrarte tan mal en este mundo, no lo has podido soportar!